



## *El jardín de las brumas*

Título original: *The Garden of the Evening Mists*

© Tan Twan Eng, 2012

ALL RIGHTS RESERVED

AMOK Ediciones

C/Salustiano Olózaga 18, 4ºD

28001 — Madrid — España

comunicacion@amokediciones.es

© AMOK Ediciones para esta primera edición en España, septiembre de 2023

© 2022, Teresa Lanero, por la traducción

© 2023, Ángel Presencio Nagore, por la ilustración de cubierta

Natalia Martínez, por la maquetación

Dirección creativa y de arte de la colección:

Madre, Espacio de Contenidos Creativos.

[www.madrenohaymasqueuna.com](http://www.madrenohaymasqueuna.com)

Diseño gráfico de este título:

Milos Kalvín para TheWhiteRoomLab

ISBN: 978-84-19211-08-8

Depósito legal: M-26284-2023

Impreso por Leitzaran Grafikak

Impreso en España — Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

# El jardín de las brumas

Tan Twan Eng



**AMOK**  
EDICIONES

*Para mi hermana y  
opgedra aan A J Buys – sonder jou sou hierdie boek dubbel so  
lank en halfpad so goed wees. Mag jou eie mooi taal altyd gedy.*

Hay una diosa de la Memoria, Mnemósine, pero no existe la del Olvido. Y debería existir, pues ambas son hermanas, fuerzas gemelas que caminan a nuestro paso, cada una a un lado, mientras se disputan el dominio sobre nosotros y lo que somos, durante el trayecto hasta la muerte.

RICHARD HOLMES, *A Meander Through Memory and Forgetting*



## Capítulo uno

En una montaña sobre las nubes, una vez vivió un hombre que había sido el jardinero del emperador de Japón. No eran muchos los que sabían de su existencia antes de la guerra, pero yo sí. A punto de amanecer, un día dejó su hogar para venir a las tierras altas del centro de la península malaya. Yo tenía diecisiete años cuando mi hermana me habló de él por primera vez, y pasaría una década antes de que viajara a las montañas para verlo.

No se disculpó por lo que sus compatriotas nos habían hecho a mi hermana y a mí. Ni aquella mañana salpicada de lluvia en que nos conocimos ni en ninguna otra ocasión. ¿Qué palabras podrían haber aliviado mi dolor y habérmela devuelto? Ninguna. Y él lo entendió. No mucha gente lo entendía.

Treinta y seis años después de aquella mañana oigo de nuevo su voz, hueca y profunda. Han empezado a emerger recuerdos que ya había desterrado, como fragmentos que se desprenden de una placa de hielo ártico. Durante el sueño, esos tímpanos rotos navegan a la deriva hacia la primera luz de la memoria.

La quietud de las montañas me despierta. La profundidad del silencio: eso es lo que había olvidado de la vida en Yugiri. Los murmullos de la casa flotan en el aire cuando abro los ojos. «Una casa antigua atesora un cúmulo de recuerdos», me dijo Aritomo en una ocasión.

Ah Cheong golpea la puerta y me llama con suavidad. Salgo de la cama y me pongo la bata. Miro alrededor en busca de mis guantes y

los encuentro en la mesilla de noche. Mientras me los ajusto, le digo al mayordomo que pase. Entra y coloca sobre la mesilla la bandeja de peltre que contiene una tetera y un plato con trozos de papaya; todas las mañanas hacía lo mismo por Aritomo. Se vuelve hacia mí y dice:

—Le deseo una larga y apacible jubilación, jueza Teoh.

—Sí, parece que me he adelantado a la tuya.

Él es, calculo, cinco o seis años mayor que yo. Anoche, cuando llegué, no estaba. Lo observo y antepongo lo que veo ahora a lo que guardo en la memoria. Es un hombre bajo y pulcro, más bajo de lo que recuerdo, y está completamente calvo. Nuestros ojos se encuentran.

—Estás pensando en la primera vez que me viste, ¿verdad?

—En la primera vez no, en el último día. En el día que usted se fue —asiente con la cabeza para sí mismo—. Ah Foon y yo... siempre tuvimos la esperanza de que usted volvería.

—¿Ella está bien?

Inclino la cabeza hacia un lado para mirar por detrás de él y busco a su esposa en la puerta; imagino que estará esperando a que la llame para entrar. Viven en Tanah Rata y todas las mañanas suben en bicicleta por la carretera de la montaña hasta Yugiri.

—Ah Foon falleció, jueza Teoh. Hace cuatro años.

—Ah, sí, sí, es verdad.

—Ella siempre quiso expresarle su agradecimiento por haber pagado sus facturas del hospital. Yo también se lo agradezco.

Abro la tapa de la tetera y enseguida la cierro mientras intento recordar dónde la habían ingresado. Recuerdo por fin el nombre: Hospital Lady Templer.

—Cinco semanas —dice.

—¿Cinco semanas?

—Dentro de cinco semanas hará treinta y cuatro años que el señor Aritomo nos dejó.

—¡Por el amor de Dios, Ah Cheong! —Casi el mismo tiempo que llevo sin venir a Yugiri. ¿Me juzga este hombre por el número de años transcurridos desde la última vez que estuve en esta casa, como un padre que hace muescas en la pared de la cocina para señalar el crecimiento de su hijo?

Su mirada se queda fija en algún punto por encima de mi hombro.



—Si no desea nada más... —Comienza a darse la vuelta.

En un tono más suave añade:

—Espero a un invitado esta mañana, a las diez. El profesor Yoshikawa. Acompañale cuando llegue a la veranda de la sala de estar.

El mayordomo asiente una vez con la cabeza y se marcha cerrando la puerta. No es la primera vez que me pregunto cuánto sabe, qué habrá visto y oído en sus años de servicio con Aritomo.

La papaya está helada, justo como a mí me gusta. Exprimo sobre ella la rodaja de lima y me como dos trozos antes de apartar el plato. Abro las puertas correderas y paso a la veranda. La casa se asienta sobre pilotes bajos y la veranda se eleva medio metro por encima del suelo. Las persianas de bambú crujen cuando las enrolló. Las montañas siguen tal como siempre las he recordado, con la primera luz de la mañana fundiéndose en sus laderas. Las hojas mustias húmedas y las ramitas rotas cubren el césped. Esta zona de la casa está separada del jardín principal por una valla de madera. Un tramo se ha derrumbado y la hierba alta sobresale entre los huecos de las tablas caídas. A pesar de que me había preparado para esto, la dejadez del lugar me impresiona.

Al este, por encima de la valla, se ve una parte de la plantación de té Majuba. La cuenca del valle me recuerda a las palmas de las manos de un monje cuando se ahuecan para recibir la bendición del día. Aunque es sábado, los recolectores de té trabajan ascendiendo por las laderas. Esta noche ha habido tormenta y quedan algunas nubes aisladas sobre los picos. Bajo desde la veranda hasta una hilería estrecha de baldosas de cerámica, frías y húmedas bajo mis pies descalzos. Aritomo las trajo de un palacio en ruinas de Ayutthaya, donde una vez enlosaron el patio de un rey antiguo sin nombre. Las baldosas son los últimos vestigios de un reino que ya nadie recuerda y cuyas historias están relegadas al olvido.

Lleno al máximo los pulmones y exhalo. Al ver cómo toma forma mi propia respiración, una telaraña de aire que hace solo un segundo estaba dentro de mí, recuerdo la sensación de asombro de antaño. El cansancio de los meses anteriores se escurre por mi cuerpo, solo para volver a inundarme un momento después. Resulta extraño que ya no tenga que pasarme los fines de semana leyendo montones de documentos de apelación o poniéndome al día con el papeleo semanal.

Exhalo por la boca unas cuantas veces más mientras noto cómo se desvanecen mis suspiros en el jardín.

Mi secretaria, Azizah, me trajo el sobre poco antes de que dejáramos mi despacho para pasar a la sala de justicia.

—Acaba de llegar esto para usted, *puan*<sup>1</sup> —me dijo.

Dentro había una nota del profesor Yoshikawa Tatsuji que confirmaba la fecha y hora de nuestro encuentro en Yugiri. La había enviado una semana antes. Al mirar la pulcra caligrafía, me pregunté si no habría sido un error aceptar la cita. Estaba a punto de telefonarle a Tokio para cancelarla cuando me di cuenta de que quizá ya se encontrara de camino a Malasia. Y había algo más dentro del sobre. Al ponerlo boca abajo, un palito de madera de unos doce centímetros de largo cayó sobre mi escritorio. Lo recogí y lo coloqué bajo la luz de la lámpara. La madera era oscura y suave, y la punta estaba rodeada por pequeñas muescas superpuestas.

—Qué corto-*lab*<sup>2</sup>. ¿Es un palillo para niños? —dijo Azizah mientras entraba en la estancia con un montón de documentos para firmar—. ¿Dónde está el otro?

—No es un palillo para comer.

Me senté y permanecí mirando el palo sobre la mesa hasta que Azizah me recordó que la ceremonia de jubilación estaba a punto de empezar. Me ayudó a ponerme la toga y salimos juntas al pasillo. Me adelantó, como hacía siempre, para avisar a los abogados de que la *puan hakim*<sup>3</sup> estaba a punto de llegar; ellos solían fijarse en su cara para calibrar mi humor. Mientras la seguía, me di cuenta de que era la última vez que recorría el trayecto desde mi despacho hasta la sala de justicia.

Construido hacía casi un siglo, el edificio del Tribunal Supremo de Kuala Lumpur poseía la solidez de una estructura colonial, erigida para durar más que los imperios. Los elevados techos y las paredes gruesas mantenían el aire fresco incluso en los días más calurosos. Mi sala de justicia era lo bastante grande como para que se sentaran

<sup>1</sup> «Señora» en malayo. (*N. de la T.*)

<sup>2</sup> En la variedad del inglés de Singapur la partícula *-lab* se utiliza al final de ciertas palabras para suavizar el tono. (*N. de la T.*)

<sup>3</sup> «Señora jueza» en malayo. (*N. de la T.*)

en ella cuarenta personas, puede que cincuenta; pero esa tarde de martes los abogados que no hubieran llegado con tiempo tendrían que apiñarse al fondo junto a la puerta. Azizah me había informado del número de asistentes a la ceremonia, pero, aun así, me quedé atónita cuando ocupé mi sitio en el estrado, bajo los retratos del *agong*<sup>4</sup> y la reina. En la sala se hizo el silencio cuando Abdullah Mansor, el presidente del tribunal, entró y se sentó a mi lado. Se inclinó y me dijo al oído:

—Aún no es tarde para reconsiderarlo.

—Nunca te rindes, ¿verdad? —dijo mientras le dirigía una leve sonrisa.

—Y tú nunca cambias de opinión —suspiró—. Lo sé. Pero ¿por qué no te quedas? Solo te faltan dos años más.

Al mirarlo rememoré la tarde en que le transmití mi decisión de jubilarme anticipadamente. A lo largo del tiempo nos habíamos peleado por muchas cosas —por cuestiones legales o por su forma de dirigir los tribunales—, pero siempre había respetado su inteligencia, su sentido de la justicia y su lealtad hacia nosotros, los jueces. Aquella tarde, en su despacho, fue la única vez que perdió la compostura conmigo. En su rostro ahora solo había tristeza. Lo iba a echar de menos.

Mientras atisbaba por encima de las gafas, Abdullah comenzó a relatar mi vida al público, salpicando su discurso con frases en inglés pese al letrado que obligaba a utilizar la lengua malaya en el juzgado.

—La jueza Teoh fue la segunda mujer designada para el Tribunal Supremo —dijo—. Ha servido en este tribunal durante los últimos catorce años...

A través de las ventanas altas y polvorientas veía la esquina del campo de cricket al otro lado de la carretera y, más allá, el Club Selangor que, con su fachada de falso estilo Tudor, me recordaba a los chalés de Cameron Highlands. Sonó el reloj de la torre sobre el pórtico central y aporreó con su lánguida cadencia las paredes de la sala. Giré ligeramente la muñeca y miré la hora: pasaban once minutos de la tres. El reloj de la torre estaba, como siempre, inequívocamente adelantado; hacía años que un rayo le había robado la puntualidad.

<sup>4</sup> Título que recibe el jefe de Estado de Malasia. (*N. de la T.*)

—... pocos de nosotros sabemos que estuvo prisionera en un campo de internamiento japonés cuando tenía diecinueve años —dijo Abdullah.

Los abogados murmuraron entre ellos y me observaron con creciente interés. Nunca había hablado con nadie de los tres años que pasé en aquel lugar. Intentaba afrontar los días sin pensar en ello y generalmente lo conseguía. Pero, de vez en cuando, los recuerdos afloraban con un sonido que escuchaba, con una palabra que alguien pronunciaba o con un olor que percibía por la calle.

—Cuando terminó la guerra —prosiguió el presidente—, la jueza Teoh trabajó como empleada de investigación en el Tribunal de Crímenes de Guerra mientras esperaba su admisión para estudiar leyes en Girton College, en Cambridge. Cuando se licenció, volvió a Malaya en 1949 y trabajó como ayudante del fiscal durante casi dos años...

En la primera fila, debajo de mí, había cuatro abogados británicos ancianos con corbata y traje casi tan antiguos como ellos. Al igual que muchos hacendados del caucho y empleados públicos decidieron quedarse en Malaya tras la independencia, treinta años atrás. Exhibían el mismo aire desolado de las páginas arrancadas de un libro viejo y olvidado.

El presidente del tribunal carraspeó y lo miré.

—... la jueza Teoh no estaba obligada a jubilarse hasta dentro de dos años, por lo que sin duda se imaginarán nuestra sorpresa cuando, hace tan solo dos meses, nos dijo que pretendía dejar el tribunal. Sus sentencias escritas son conocidas por su claridad y su elegancia en la expresión... —Sus palabras florecieron volviéndose cada vez más halagadoras. Yo me encontraba lejos, en otra época, pensando en Aritomo y en su jardín en las montañas.

El discurso terminó. Mi menté volvió a la sala de justicia con la esperanza de que nadie se hubiera percatado de mis ausencias; no era apropiado estar distraída en mi propia ceremonia de jubilación.

Dirigí unas palabras breves y sencillas al público, y a continuación Abdullah puso fin al acto. Celebré una pequeña recepción en mi despacho con unos cuantos admiradores del Consejo de la Abogacía, con mis compañeros y con los socios mayoritarios de los bufetes de abogados más importantes de la ciudad. Un periodista me hizo unas cuantas preguntas y tomó algunas fotografías. Después de que los

invitados se marcharan, Azizah comenzó a dar vueltas por la estancia para recoger los vasos y platos de papel con los restos.

—Llévate esos hojaldres de *curry* —le pedí— y aquella caja de pasteles. No tires la comida.

—Lo sé-*lah*. Siempre me lo dice. —Lo empaquetó todo y añadió—: ¿Necesita algo más?

—Puedes irte a casa. Yo cerraré. —Eso era lo que normalmente le decía al final de cada jornada—. Y gracias, Azizah. Por todo.

Sacudió las arrugas de mi toga negra, la colgó en el perchero y se volvió para mirarme.

—No fue fácil trabajar para usted todos estos años, *puan*, pero me alegro de haberlo hecho. —Las lágrimas brillaban en sus ojos—. Los abogados... usted siempre fue dura con ellos, pero siempre la han respetado. Usted los escuchaba.

—Ese es el deber de un juez, Azizah. Escuchar. Muchos jueces parecen olvidarlo.

—Ah, pero antes no estaba escuchando, cuando *tuan*<sup>5</sup> Mansor hablaba sin parar. Me he fijado en usted.

—Estaba contando mi vida, Azizah. —Le sonreí—. No era nada nuevo para mí, ¿no crees?

—¿Eso se lo hicieron los *orang jepun*<sup>6</sup>? —Me señaló las manos—. *Maaf* —se disculpó—, pero... siempre me ha dado miedo preguntárselo. Ya sabe, nunca la he visto sin sus guantes.

Roté la muñeca izquierda despacio, como si girara el pomo invisible de una puerta.

—Es lo bueno de envejecer —dije mirando la parte del guante en la que se habían cortado y cosido dos de los dedos—. A menos que miren de cerca, es probable que la gente piense que soy una vieja presumida que esconde su artritis.

Permanecimos allí las dos, sin saber bien cómo despedirnos. Entonces ella alargó la mano, me agarró la derecha y tiró de mí para abrazarme antes de que yo pudiera reaccionar; me envolvió como se envuelve la masa alrededor de un palillo. Luego me soltó, recogió su bolso y se fue.

<sup>5</sup> «Presidente» en malayo. (*N. de la T.*)

<sup>6</sup> «Japoneses» en malayo. (*N. de la T.*)

Miré a mi alrededor. Las estanterías estaban vacías. Ya habían embalado mis cosas y las habían enviado a mi casa en Bukit Tunku, como restos flotantes que las olas arrastran mar adentro. Unas cajas de revistas *Malayan Law Journal* y *All England Reports* permanecían apiladas en una esquina para donarlas a la Biblioteca de la Abogacía. Solo quedaba un estante con ejemplares de *MLJ* con los lomos estampados en dorado y el año en que se redactaron los casos. Azizah había prometido volver al día siguiente para empaquetarlos.

Me acerqué a un cuadro que colgaba de la pared, una acuarela del lugar donde me había criado. Lo había pintado mi hermana. Era el único trabajo que tenía de ella, el único que había encontrado tras la guerra. Lo descolgué de la escarpia y lo dejé junto a la puerta.

Habían distribuido entre los demás jueces los montones de carpetas de Manila atadas con gomas de color rosa que normalmente abarrotaban mi escritorio; la mesa parecía más grande de lo habitual cuando me senté. El palito de madera todavía seguía donde lo había dejado. Más allá de las ventanas medio abiertas, el anochecer animaba a los cuervos a regresar a sus nidos. Los pájaros hacían más denso el follaje de los árboles de palo de rosa que cubrían la carretera y llenaban las calles con su parloteo. Levanté el auricular del teléfono, comencé a marcar y luego me detuve, incapaz de recordar el resto de los números. Hojeé mi agenda, llamé al edificio principal de la plantación de té Majuba y, cuando la sirvienta contestó, pedí hablar con Frederik Pretorius. No tuve que esperar mucho.

—¿Yun Ling? —dijo cuando se puso al teléfono. Sonaba ligeramente sofocado.

—Voy a ir a Yugiri.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Cuándo?

—Este viernes. —Callé. Habían pasado siete meses desde la última vez que habíamos hablado—. ¿Podrías pedirle a Ah Cheong que prepare la casa?

—Siempre la tiene preparada para ti —contestó Frederik—, pero se lo diré. Para en la finca cuando estés de camino. Podemos tomar un té. Y yo te llevaré a Yugiri.

—No se me ha olvidado cómo llegar, Frederik.

Se hizo otro silencio entre nosotros.

—El monzón ya ha pasado, pero aún queda algo de lluvia. Conduce con cuidado.

Colgó.

La llamada a la oración se extendió desde los minaretes de la mezquita de Jamek a lo largo del río y resonó en toda la ciudad. Escuché cómo se vaciaba el juzgado. Los sonidos me resultaban tan familiares que había dejado de prestarles atención hacía años. La rueda de un carrito chirriaba mientras alguien —probablemente Rashid, el empleado del registro— llevaba las solicitudes diarias al archivo. El teléfono se escuchó en el despacho de otro juez durante un minuto y luego paró. Los portazos retumbaban por los pasillos; nunca me había dado cuenta de lo fuerte que sonaban.

Tomé mi maletín y lo sacudí. Pesaba menos que de costumbre. Metí la toga dentro. Desde la puerta, me volví para contemplar mi despacho. Me agarré al marco de la puerta, consciente de que nunca más volvería a poner un pie en esa sala. El momento de debilidad pasó. Apagué las luces, pero me quedé un rato más mirando las sombras. Recogí la acuarela de mi hermana y giré el pestillo varias veces para asegurarme de que la puerta se quedaba bien cerrada. Luego recorrí el pasillo iluminado por una luz tenue. Desde una de las paredes me observaba un público de antiguos jueces cuyos rostros iban cambiando a medida que avanzaba: de europeos a malayos, chinos e indios; de blanco y negro a color. Pasé por delante del hueco donde pronto añadirían mi retrato. Al final del corredor bajé las escaleras. En lugar de girar a la izquierda, hacia la salida que daba al aparcamiento de los jueces, me encaminé al jardín del patio.

Esa era la parte de los edificios del juzgado que más me gustaba. A menudo me sentaba allí para meditar sobre los problemas legales de la sentencia que estuviera redactando en ese momento. Eran pocos los jueces que salían al patio alguna vez, así que por lo general tenía todo el sitio para mí. A veces, si daba la casualidad de que Karim, el jardinero, estaba trabajando, hablaba con él un rato y le daba consejos sobre qué plantar y qué arrancar. Aquella tarde estaba sola.

Saltaron los aspersores y atenuaron el aroma a hierba tostada por el sol que flotaba en el aire. Habían rastrillado las hojas caídas del guayabo y las habían amontonado. Detrás de los juzgados, los ríos Gombak y Klang confluían y dejaban en el ambiente el olor de la

tierra erosionada de la sierra de Titiwangsa, en el norte. La mayoría de la gente de Kuala Lumpur no soporta ese hedor, especialmente cuando el río llevaba poca agua entre las estaciones del monzón, pero a mí nunca me ha importado que en el centro de la ciudad pudiera percibirse el aroma de unas montañas situadas a más de ciento sesenta kilómetros de distancia.

Me senté en el banco de siempre y, al abrir los sentidos a la quietud instalada en el edificio, pasé a formar parte de ella.

Al cabo de un rato, me levanté. Faltaba algo en el jardín. Me aproximé al montón de hojas, cogí unos puñados y las esparcí al azar sobre el césped. Me alejé de la hierba mientras me sacudía los restos que se me habían quedado pegados en las manos. Sí, ahora estaba mejor. Mucho mejor.

Las golondrinas descendían en picado desde sus nidos en los aleros y me rozaban la cabeza con la punta de las alas. Pensé en una cueva de piedra caliza en la que había estado en una ocasión, allá arriba en las montañas. Salí del patio con mi maletín y la acuarela. Por encima de mí, en el cielo, se alejó el último verso de la oración desde la mezquita y quedó solo silencio donde antes había estado su eco.

Yugiri se encontraba once kilómetros al oeste de Tanah Rata, la segunda de las tres poblaciones principales de la carretera que sube a Cameron Highlands. Llegué allí tras conducir cuatro horas desde Kuala Lumpur. Como no tenía prisa había parado varias veces a lo largo del camino. Cada pocos kilómetros pasaba por algún puesto donde se vendían botellas turbias de miel silvestre, cerbatanas y manojos de frijoles amargos. Desde la última vez, habían ensanchado considerablemente la carretera y suavizado las curvas más pronunciadas, pero ahora circulaban demasiados coches y autobuses turísticos, demasiados camiones desbordados que perdían grava y cemento en su camino hacia alguna obra en las tierras altas.

Era la última semana de septiembre, la estación de lluvias se cernía amenazante alrededor de las montañas. Al entrar en Tanah Rata, la vista del antiguo Royal Army Hospital, construido sobre una cuesta empinada, me provocó una inquietud familiar; Frederik me había dicho que ahora era una escuela. Por detrás se alzaba un



hotel nuevo, con la inevitable fachada de imitación Tudor. Tanah Rata ya no era un pueblo sino una pequeña ciudad, y su calle principal había sido ocupada por restaurantes de comida malaya, agencias de viajes y tiendas de *souvenirs*. Me alegré de dejarlos atrás.

El guarda estaba cerrando las puertas de hierro forjado de la plantación de té Majuba cuando pasé por delante. Continué por la carretera principal durante un kilómetro antes de darme cuenta de que me había pasado el desvío de Yugiri. Di la vuelta, enfadada conmigo misma, y conduje más despacio hasta que encontré la bifurcación, que se escondía tras unas vallas publicitarias. La carretera de laterita se acababa poco después, a la entrada de Yugiri. A un lado había un Land Rover aparcado. Detuve mi coche junto a él, me bajé y sacudí las piernas agarrotadas.

El elevado muro que protegía el jardín estaba parcheado de musgo y viejas manchas de humedad, y en las grietas crecían helechos. En él se abría una puerta y, junto a una de las jambas, una placa de madera con un par de ideogramas japoneses grabados. Debajo aparecía un nombre en inglés: «El jardín de las brumas». Sentí que estaba a punto de entrar en un lugar que debía su existencia únicamente a la combinación de aire y agua, de luz y tiempo.

Al mirar por encima del muro, mis ojos siguieron la hilera irregular de árboles de la colina que se elevaban por detrás del jardín. Hallé, medio escondida entre ellos, la torre de observación de madera, como la cofa de un galeón que se hubiera hundido entre las ramas y hubiera quedado atrapada por una marea de hojas. Me quedé mirando por unos instantes el sendero que discurría hacia las montañas como si pudiera adivinar en él a Aritomo de vuelta a casa. Sacudí la cabeza, empujé la puerta, entré en el jardín y cerré.

Los sonidos del mundo exterior se desvanecieron, amortiguados entre las hojas. Permanecí de pie, inmóvil. De repente, sentí que no había cambiado nada desde la última vez que había estado allí, casi treinta y cinco años antes: la fragancia de la resina de los pinos que impregnaba el aire, los crujidos y golpeteos del bambú entre la brisa y el mosaico quebrado de la luz del sol esparciéndose por el suelo.

Comencé a recorrer el jardín, guiada por la brújula de la memoria. Me confundí de camino una o dos veces, pero finalmente llegué al estanque. Me detuve. El paseo sinuoso a través del túnel de árboles

realzaba el efecto producido por la imagen del cielo abierto reflejada sobre el agua.

En el centro del estanque se apiñaban seis piedras altas y estrechas formando las cimas de una cordillera de montañas calizas en miniatura. En la orilla opuesta se alzaba el templo que, reflejado en el agua, parecía un farolillo de papel colgado del aire. A su lado, a muy pocos metros, crecía un sauce cuyas ramas bebían del estanque.

En la parte poco profunda, una garza real ladeó la cabeza hacia mí con una pata suspendida en el aire, como la mano de un pianista que hubiera olvidado las notas de su partitura. Un segundo después dejó caer la pata y lanzó el pico al agua. ¿Sería descendiente de la que anidó allí la primera vez que fui a Yugiri? Frederik me había dicho que siempre había una en el jardín: una saga eterna de aves solitarias. Sabía que no podía tratarse del mismo pájaro de hacía casi cuarenta años pero, mientras la observaba, deseé que lo fuera; quería creer que, al entrar en aquel santuario, la garza se las había arreglado de algún modo para escurrirse entre los dedos del tiempo.

A mi derecha, al final de una cuesta, se encontraba la casa de Aritomo. Las luces brillaban tras las ventanas y el humo de la chimenea de la cocina trazaba dibujos por encima de las copas de los árboles. Un hombre apareció en la puerta principal y comenzó a descender el camino dirigiéndose hacia mí. Se paró a unos cuantos pasos, quizás para establecer un espacio de observación mutua. Somos como cada una de las plantas, piedras y perspectivas de este jardín, pensé, separados por una distancia calculada con cuidado.

—Ya creía que habías cambiado de opinión —dijo mientras acortaba ese espacio que nos separaba.

—El trayecto era más largo de lo que recordaba.

—Los sitios parecen alejarse a medida que envejecemos, ¿verdad?

A sus sesenta y cinco años, Frederik Pretorius tenía el aire digno que desprenden las obras de arte antiguas, conscientes de su rareza y su valor. Habíamos mantenido el contacto durante todos esos años y, cuando venía a Kuala Lumpur, quedábamos para tomar algo o para comer, pero yo siempre había declinado sus invitaciones para visitar Cameron Highlands. Durante los últimos dos o tres años sus viajes a Kuala Lumpur se habían espaciado. Hacía mucho que me había dado cuenta de que era el único amigo íntimo que había tenido jamás.

—Por la manera en que mirabas a ese pájaro —dijo— he sentido que estabas recordando el pasado.

Me giré para observar a la garza otra vez. El ave se había adentrado más aún en el estanque. De la superficie brotaba la bruma que, como un susurro, solo el viento podía atrapar.

—Pensaba en los viejos tiempos.

—Durante un segundo creí que estabas a punto de desvanecerte. —Se detuvo y enseguida continuó—: Quería llamarte.

—Me he jubilado.

Era la primera vez que se lo decía a otra persona en voz alta. Me dio la impresión de que algo se desprendía dentro de mí, se hacía pedazos y me dejaba más incompleta que antes.

—Lo vi en los periódicos de ayer —dijo Frederik.

—La foto que me hicieron era espantosa, un horror.

Se encendieron las luces en el jardín y los insectos voladores comenzaron a girar confusos. Una rana croó. Otras ranas contestaron el reclamo, después se sumaron algunas más, y así hasta que el aire y la tierra vibraron con un millar de gárgaras.

—Ah Cheong se ha ido a casa —dijo Frederik—. Volverá mañana por la mañana. He comprado algo de comida. Imagino que todavía no te habrá dado tiempo a ir de tiendas.

—Qué amable.

—Hay algo que necesito comentar contigo; quizás mañana por la mañana, si pudieras.

—Soy bastante madrugadora.

—No se me ha olvidado. —Sus ojos se posaron en mi cara—. ¿Estarás bien sola?

—Estaré bien. Nos vemos mañana.

No parecía convencido, pero asintió. Entonces se dio la vuelta, se alejó por el sendero que yo acababa de recorrer y desapareció entre las sombras de los árboles.

En el estanque la garza batió las alas, las puso a prueba unas cuantas veces y echó a volar. Trazó un círculo por encima de mí. Al final del giro, abrió aún más las alas y siguió la estela de estrellas que acababa de aparecer. Me quedé de pie con el rostro vuelto hacia arriba observando cómo se disolvía en la penumbra.

De regreso a mi habitación me acuerdo del plato de papaya que Ah Cheong me ha traído. Me obligo a comer las rodajas que quedan; luego deshago las maletas y cuelgo la ropa en el armario. En los últimos años he oído que la gente se queja porque el clima de las tierras altas ya no es tan fresco como antes pero, aun así, decido ponerme una chaqueta.

La casa está oscura cuando salgo de mi habitación y voy recordando el camino al avanzar por los sinuosos pasillos. El tatami del salón, que cruje con suavidad cuando me desplazo sobre él, tiene el barniz gastado por la presión de los pies descalzos. Las puertas de la veranda están abiertas. Ah Cheong ha colocado allí una mesa baja cuadrada con estereras de ratán a los lados. Debajo de la veranda, cinco rocas de color gris oscuro, separadas unas de otras, descansan sobre un lecho de grava cubierto de hojas. Una de las rocas está más alejada del resto. Más allá de esta zona, el suelo se inclina ligeramente hacia el borde del estanque.

Frederik llega y parece disgustado por tener que sentarse en el suelo. Deja caer una carpeta de Manila sobre la mesa, se sienta con las piernas cruzadas y se retuerce mientras trata de acomodarse sobre la estera.

—¿Te sientes extraña al volver? —pregunta.

—Cada vez que me doy la vuelta oigo el eco de sonidos de hace mucho tiempo.

—Yo también los oigo.

Desata la cuerda que rodea la carpeta y coloca sobre la mesa un fajo de papeles.

—Los bocetos de la última gama. Aquí está... —Su dedo índice desliza una hoja hacia mí por la superficie lacada de la mesa—. Y este es para el envase.

El emblema utilizado en las ilustraciones me resulta familiar; lo que en un principio parece ser la nervadura de una hoja de té se transforma en un dibujo detallado de los valles cuyos trazos esconden la Residencia Majuba.

—¿Es del grabado que Aritomo le dio a Magnus? —pregunto.

—Me gustaría usarlo —dice Frederik—. Te pagaré, por supuesto. Por los derechos, quiero decir.

Aritomo me había legado Yugiri y los derechos de autor de todas sus obras literarias y artísticas. Salvo contadas excepciones, nunca he permitido su reproducción.

—Úsalo —digo—. No quiero que me pagues.

No oculta su sorpresa.

—¿Cómo está Emily? —le interrumpo antes de que hable—. Debe de tener ya... ¿cuánto? ¿Ochenta y ocho años? —Intento imaginar lo que habrá envejecido su tía desde que la conocí.

—Le daría un soponcio si te oyera. Este año cumplirá ochenta y cinco —titubea—. No está bien. Hay días que parece tener memoria de elefante, pero otros... —su voz se pierde en un suspiro.

—Iré a verla cuando me haya instalado. —Sé que Emily, al igual que tantas otras ancianas chinas, le da mucha importancia a que las personas más jóvenes vayan a visitarla cuanto antes como muestra de respeto.

—Será mejor que lo hagas, sí, porque le he comentado que has vuelto.

Agito una mano señalando el jardín.

—Tus trabajadores han cuidado bien Yugiri.

—Se supone que los jueces no mienten. —Un segundo después la sonrisa desaparece de su cara—. Ambos sabemos que mis chicos no tienen aptitudes para mantenerlo. Y además, como ya sabes, yo no tengo conocimientos ni interés ni tiempo para asegurarme de que hagan su trabajo como es debido, francamente. El jardín necesita tu atención. —Se detiene un momento y continúa enseguida—: Por cierto, he decidido hacer algunos cambios en el jardín de Majuba.

—¿Qué tipo de cambios?

—He contratado a alguien para que me ayude —dice Frederik—. Vimalya empezó a trabajar como jardinera en Tanah Rata hace un año. Es una gran admiradora de los jardines autóctonos.

—Seguidora de la moda. —No me molesto en suavizar el tono despectivo.

Un gesto de irritación se dibuja en su cara.

—Estamos volviendo a los planes de la naturaleza. Utilizamos plantas y árboles originarios de la región. Los dejamos crecer como lo hubieran hecho de modo natural, con la mínima intervención e interferencia posible.

—¿Vais a quitar todos los pinos de Majuba? ¿Y los abetos, los eucaliptos... las rosas, los lirios... las... las strelitzias?

—Son especies foráneas. Todas.

—También lo son todos y cada uno de los arbustos de té que hay por aquí. Y yo. Y tú, señor Pretorius. Especialmente tú.

No es de mi incumbencia, lo sé, pero durante casi sesenta años, incluso antes de que Magnus, el tío de Frederik, se estableciera en la plantación de té Majuba, los jardines cultivados, con su apariencia formal, siempre gozaron de gran admiración y fueron muy valorados. Han venido visitantes de todo el país para disfrutar de un jardín inglés en el trópico. Caminan entre setos meticulosamente cortados y voluptuosos parterres, entre los arriates y las rosas que Emily plantó. Me duele oír que van a transformarlo, que van a hacer que parezca una parte más del bosque tropical que nos invade por todas partes, un lugar lleno de maleza, descuidado, carente de orden.

—Ya te lo dije hace mucho tiempo... los jardines de Majuba son demasiado artificiales. Cuanto más viejo me hago, menos partidario soy de controlar la naturaleza. Se debería permitir que los árboles crecieran todo lo que quisieran. —Frederik desvía la mirada hacia el jardín—. Si por mí fuera, quitaría todo esto.

—¿Qué es la jardinería, sino el control y el perfeccionamiento de la naturaleza? —Me doy cuenta de que estoy elevando la voz—. En esa «jardinería autóctona», o como quiera que se llame, de la que hablas también intervienen las personas. Deshacéis arriates, taláis árboles e introducís semillas y esquejes. A mí todo eso me resulta muy planificado.

—Los jardines como el de Yugiri son engañosos. Son falsos. Aquí todo se ha planeado, recortado y fabricado. Estamos en uno de los sitios más artificiales que puedes encontrar.

Los gorriones echan a volar desde el césped hacia los árboles como hojas caídas que regresan a sus ramas. Pienso en esas prácticas de jardinería a las que Frederik se opone, esos aspectos que los japoneses adoran: las técnicas de control de la naturaleza, perfeccionadas a lo largo de mil años. ¿Será que, al vivir en tierras azotadas a menudo por los terremotos y los desastres naturales, pretenden domesticar el mundo a su alrededor? Mis ojos se dirigen a la sala de estar, hacia el bonsái de pino que Ah Cheong ha cuidado con tanto esmero. El inmenso tronco que el árbol habría desarrollado se ha reducido para que no quede fuera de lugar encima de un escritorio y se le ha dado la forma deseada mediante un alambre de cobre enrollado alrededor de sus ramas. Las personas como Frederik podrían

pensar que tales prácticas son una equivocación, algo así como intentar asumir los poderes celestiales sobre la tierra. Y sin embargo, solo en el jardín de Yugiri, cuidadosamente planificado y creado, yo había logrado hallar sensación de orden y calma; incluso, durante un breve espacio de tiempo, había encontrado el olvido.

—Esta mañana vendrá a visitarme una persona —digo—. De Tokio. Para ver los grabados de Aritomo.

—¿Vas a venderlos? ¿Estás mal de dinero?

Su preocupación me conmueve y apacigua mi enfado. Además de diseñador de jardines, Aritomo también fue un maestro de la xilografía. Después de que en un momento de descuido, durante una entrevista, yo admitiera que me había dejado una colección de grabados, unos expertos en Japón intentaron convencerme para que me desprendiera de ellos o para que los expusiera. Siempre me he negado, para su indignación, y muchos han dejado claro que no me consideran su legítima propietaria.

—El profesor Yoshikawa Tatsuji contactó conmigo hace un año —le explico—. Quiere hacer un libro con los grabados de Aritomo. No quise hablar con él.

Frederik levanta las cejas.

—Pero ¿va a venir hoy?

—He hecho averiguaciones sobre él. Es historiador. Un historiador respetado. Ha escrito artículos y libros sobre la actuación de su país en la guerra.

—Negando que sucedieran ciertas cosas, estoy seguro.

—Tiene fama de ser objetivo.

—¿Por qué un historiador iba a interesarse por el arte de Aritomo?

—Yoshikawa es también una autoridad en el grabado japonés.

—¿Has leído algún libro suyo? —pregunta Frederik.

—Están todos en japonés.

—Pero tú hablas japonés, ¿no?

—Lo hablaba, y solo lo suficiente para hacerme entender. Hablarlo es una cosa, pero leerlo... Eso es otra historia.

—En todos estos años —continúa Frederik—, en todo este tiempo, nunca me has contado lo que te hicieron los *japos*. —Su voz es cálida, pero percibo en ella un rastro oculto de dolor.

—Lo que me hicieron a mí se lo hicieron a otros miles de personas. —Repaso con el dedo las líneas de la hoja que hay sobre el paquete de té—. Aritomo me recitó una vez un poema sobre un arroyo que se había secado. —Me quedo pensando un momento, luego añado—: «Aunque el agua haya dejado de correr, aún oímos el susurro de su nombre».

—Todavía te resulta duro, ¿verdad? —dice Frederik—. Incluso tanto tiempo después de su muerte.

Todavía me desconcierto cuando oigo a alguien mencionar la muerte de Aritomo, incluso después de todo este tiempo.

—Hay días en los que pienso que él sigue ahí, deambulando por las montañas, como uno de los Ocho Inmortales de la leyenda taoísta, un sabio que vuelve a casa —digo—. Pero lo que más me asombra es que aún venga gente hasta aquí solo porque han oído todas esas historias.

—Bueno, él vivió aquí durante... ¿cuánto? ¿Trece años? ¿Catorce? Recorría los senderos de la jungla todos los días. Los conocía mejor que algunos guías forestales. ¿Cómo pudo perderse?

—«Incluso los monos se caen de los árboles». —Me esfuerzo en recordar dónde he oído esa frase, pero no lo consigo. Ya me vendrá a la cabeza, intento convencerme a mí misma—. Puede que Aritomo no estuviera tan familiarizado con la jungla como él creía. —Percibo el sonido de la campana en el interior de la casa, mientras alguien tira de la cuerda en la puerta—. Ese debe de ser Yoshikawa.

Frederik apoya las manos en la mesa y se levanta con un gruñido de anciano. Yo permanezco sentada y observo cómo desaparecen las marcas que han dejado sus palmas sobre la superficie.

—Frederik, me gustaría que te quedaras mientras hablo con él.

—Tengo prisa. Va a ser un día complicado.

Despacio, me incorporo hasta encontrarme a su altura.

—Por favor, Frederik.

Me mira. Al cabo de un momento, asiente con la cabeza.